

—Ismael de la Serna, Hernando Viñes, Francisco Bores y Francisco Gutiérrez Cossío.

—¿Adónde ibais con este movimiento?

—A romper la rigidez cubista, buscando una pintura espacial, fáustica, musical, lírica.

Se vuelve risueño mirándole a Abín.

—¿Os fué fácil salir de aquel dédalo de confusión?

—Sí, porque en París hay ojos que lo saben ver todo y gentes atentas a todas las iniciaciones artísticas.

—De este grupo—interviene Abín con voz opaca—han destacado Bores y él, sobre todo él, que es quien tiene más temperamento de pintor.

Pancho se vuelve agradecido.

Por entonces les descubrió Teriade, crítico griego de *L'intran*, y el grupo sirvió de base para la creación de *Cahiers d'art*, la mejor revista de arte moderno que ha habido.

—¿Tuviste en esa época algún marchante?



Retrato de su madre

—Sí, hice tres Exposiciones en París. Una en la galería «Jeane Boucher». Bernheim Jeune era el marchante, en la calle Boetie, donde colgué también, y la última la hice en la galería de France, en casa de Georges Bernheim.

Permanece un tanto pensativo.

—Esto fué el año 31... y todo se vino abajo por la crisis económica.

Vienen otros amigos y se generaliza la conversación.

Entonces uno de ellos cuenta:

—En casa de Raynal charlaba una tarde el ilustre crítico de *L'Intransigent* con Cossío. La tarde era triste y de invierno y una chimenea grande daba una intimidad familiar a las palabras. De repente, Maurice Raynal se puso de pie y le preguntó al pintor:



Velero

—¿María Blanchard era de tu pueblo?

—Sí.

—¿Cuántos habitantes tiene Santander?

—Ochenta mil.

Se miraron un tanto perplejos.

—Es extraordinario—añadió el crítico—que una pequeña ciudad española esté representada en mi casa por dos artistas, cosa que no ha conseguido ni París mismo, ni toda Francia—. Y contemplando los cuadros que colgaban, le animó:

—Mira, mira.

Las paredes se adornaban con un Picasso, un Braque, un Derain, un Renoir, un María Blanchard y un Cossío.

No hay duda que era muy cerrado el tamiz de monsieur Raynal.

El gran Cossío se sonrió rejuvenecido al oír referir esta anécdota. En seguida enciende un pitillo y retira los cuadros. Ahora se vuelve con una gran tela en las manos:

—Yo he conocido a Gog, el personaje papiniano—me dice apretando mucho los labios—, y el hecho de que Gog fuese a París no basta para descalificar a una ciudad y el arte que allí se hacía..., o sea, que París es París, a pesar de todos los judíos, pues a París le salva siempre la inteligencia y el buen gusto.

Ahora refiere otro:

—Una tarde fuimos en París a un cine de barrio. En el descanso, la gente empezó a salir a estirar los pies; de repente, un acomodador subió al escenario y preguntó:

—*A qui est cette clef?*—al mismo tiempo que mostraba una llave en alto.

Cossío se palpó la ropa y dióse cuenta en seguida de que era la llave de su estudio la que el empleado enseñaba y gritó, en su malísimo francés:

*La clef c'est moi.*

Sin darse cuenta había dicho, en aquellos días de lucha, una frase genial, porque, en efecto, según los críticos, Cossío era por entonces la llave de la pintura de París.

\*

Hemos contemplado estos días pasados la Exposición de Cossío; once cuadros ha colgado en la Sala Estilo, con un éxito excepcional. Dos retratos de su madre; (Continúa en la pág. 67)